

PRÓLOGO



JESÚS RODRÍGUEZ VELASCO, UN PRÓLOGO: *ARTHURIAN DREAM*

Un prólogo: *Arthurian Dream*

Jesús RODRÍGUEZ VELASCO

Universidad de California, Berkeley

Recuerdo ahora el cuadro de Rafael Sanzio que está en la National Gallery de Londres (hay muchas copias renacentistas del mismo, por ejemplo en la Bibliothèque de Chantilly, al norte de París). En él, un caballero está recostado y durmiendo, y dos mujeres, una con un ramillete de flores, la otra con una espada, le ofrecen una disyuntiva. La misma disyuntiva que se ilustra en la parte posterior del cuadro, en la que se abren dos caminos que conducen a diferentes lugares; el uno es tortuoso y difícil, y está del lado de la mujer con la espada; el otro es llano y muelle, y sale por la parte en la que está la mujer de las flores. El caballero sueña si debe tomar el camino de la virtud (el tortuoso, el de la espada) o el del deleite y la cortesía (tan llano, tan agradable, tan lleno de flores). Dependiendo de cuál sea el que tome, su vida cambiará brutalmente.

El tema está por todas partes en la literatura caballerescas. El texto francés de la *Queste del Saint Graal* está atestado de casos semejantes, felizmente resueltos por la inteligencia de los ermitaños que pueblan cada cruce de caminos en el que se ha de hacer la elección. La elección no se hace, sin embargo, una sola vez, sino que vivir es precisamente elegir a cada paso el camino que se debe tomar. El bueno o el malo. Virtud o vicio. Dios o el diablo. Ellos o yo.

Ese es el drama que impone el mundo de la caballería. Se enfrenta al arquetipo objetivo, y, en su lugar, nos ofrece la inestabilidad de la subjetividad. Pero en esa subjetividad está también el peso de cierta modernidad, a la que podemos llamar desde ahora el *sueño artúrico* o, según prefiero, la *fábula caballerescas*. No quiero medir el grado de modernidad, ni poner al tablero el papel de tornasol de la medievalidad. La modernidad, como el poder según Foucault, está por todas partes, porque pertenece a una dialéctica constante entre lo objetivo y lo subjetivo. Lo objetivo es la tradición, aquello que puede reconocerse, el discurso de la historia, el conocimiento. Lo subjetivo es la innovación, el azar y lo imprevisto, lo que todavía no se ha escrito porque aún no se ha pensado, la esperanza.

El sueño artúrico (y al decirlo quiero evocar otro sueño que no quiero pronunciar), la fábula caballerescas es el sustento de la esperanza. Cuando uso el sustantivo “esperanza” lo hago con el sentido que he aprendido al leer a Richard Rorty (*Contingency, Irony, and Solidarity*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, cap. 4). La traducción es el vehículo de esa esperanza. Las primeras obras en las que se manifiesta la fábula caballerescas como esperanza individual y subjetiva de alcanzar posiciones de prominencia social por un ejercicio de virtud relativamente independiente

del linaje son y se dicen traducciones. En ciertas ocasiones, pero no siempre ni sistemáticamente, se autodenominan *romans*, es decir, obras en lengua romance, obras que ponen en romance otras que, presumiblemente, no lo estuvieron.

Y, en efecto, así es... aunque sólo en parte. Porque lo que es la otra parte, contenida por la coartada del humilde *mettre en roman* desarrolla un complejo trabajo de (si se me permite usar este término) deconstrucción. Ese trabajo no parte de una afirmación falsa. Al contrario, se escuda en cierto grado de veracidad. Obras declaradamente traducidas, como algunas de las de Chrétien de Troyes, digamos *Erec* o *Cligès*, poseen un antecedente tradicional, cierta rama de los *Mabinogion*, leyendas sobre el *Tristán* o textos afines. Chrétien construye una *conjointure*, que, como mostró Douglas Kelly en 1992 (*The Art of Medieval French Romance*, Madison, Wisconsin University Press), es el arte de unir dos piezas bien diferenciadas de modo que no quede rastro del punto de unión. Esa *conjointure* es justamente en lo que consiste su arte de traducción y deconstrucción: sobre la base de una narración de materia tradicional introduce un proceso interpretativo, que en el prólogo de su *Erec* describe como un estudio intensivo que conduce a la creación de un significado nuevo (“Por ce fait bien qui son estuide / atorne a sens, quel que il l’ait; / car qui son estude entrelait, / tost i puet tel chose taisir / qui mout venroit puis a plesir.” *Erec*, vv. 3-7). En cierto modo, ese proceso es el resultado de la aplicación de las técnicas exegéticas clericales. Pero lo que me interesa es, sobre todo, el hecho de que todo el complejo de la *conjointure*, la creación del significado nuevo y la construcción de un texto en lengua romance comparecen en medio de un universo en el que la traducción es una deconstrucción.

Dicha traducción es, pues, la base del trabajo del novelista, pero, al hacerla, en realidad pone en cuestión la relación que existía entre el texto o modelo original y el universo de significados al que éste contribuía a construir al mismo tiempo que hacía referencia. La actividad más importante del novelista que crea el *arthurian dream* o la *fábula caballeresca* es, precisamente, romper voluntariamente el lazo entre los textos originales que va a traducir y el tipo de forma de vida que éstos ponen en marcha. Y esa forma de vida es una sistemática social y política, una percepción de los valores de dominación y alianza, que el novelista artúrico desea transformar introduciendo la componente subjetiva e individual en que consiste su nueva apuesta.

No sé mucho acerca de lo que sucede en otros parajes literarios, porque me acerco a ellos como un lector que no busca explorar la experiencia dialéctica o el proceso de deconstrucción que supone el ejercicio de la traducción. Para poder explorarlos, me es necesario despojarme de mi condición de lector horizontal o plegado en el diván, en fin, de ese lector del primer capítulo de *Se una notte d’inverno un viaggiatore* de Italo Calvino. Es verdad que ese mismo lector se convierte después en uno de nosotros (de los que leemos este libro que Juan Zarandona me ha pedido amablemente que prologue), pero al principio, no es más que un lector cuya preocupación es leer un libro hermoso y encontrar la posición y el tiempo ideales para hacerlo. Lo que sí sé, en cambio, es que la mayor parte de los oyentes y eventuales lectores tendrían el mismo problema: no eran plenamente conscientes del trabajo de deconstrucción que supone la traducción. Eso sólo pertenece al ámbito del *autor*, cuya figura empieza a expresarse y a mostrarse sola y señera precisamente al establecer una conversación dialéctica y deconstructiva con la tradición. Para los oyentes y lectores,

esa deconstrucción es, de hecho, una construcción, literatura en primer grado, que oculta la tradición y la supera anonadándola.

Y creo que es precisamente en eso en lo que la literatura artúrica es fuertemente original y que supone, ella misma, un prólogo a la actividad literaria moderna, precisamente porque en su proceso de traducción habla de la tradición para hacerla desaparecer, para que la traducción misma sea literatura en primer grado. Al menos es eso lo que sucede en la literatura románica e inglesa de tema artúrico, pues bien sabemos que el trabajo de otros poetas como Hartmann von Aue o Wolfram von Eschenbach es bien diferente. El sueño artúrico, la fábula caballeresca, sin embargo, persiste, se construye, en un mensaje que dice a voz en cuello: no somos trasunto, comenzamos a existir.